

Los visires y los cortesanos se indignaron porque se derogaban de aquella suerte á las reglas de la etiqueta y murmuraron contra un favorito que habia robado con sortilegios la razon y la libertad á su señor.

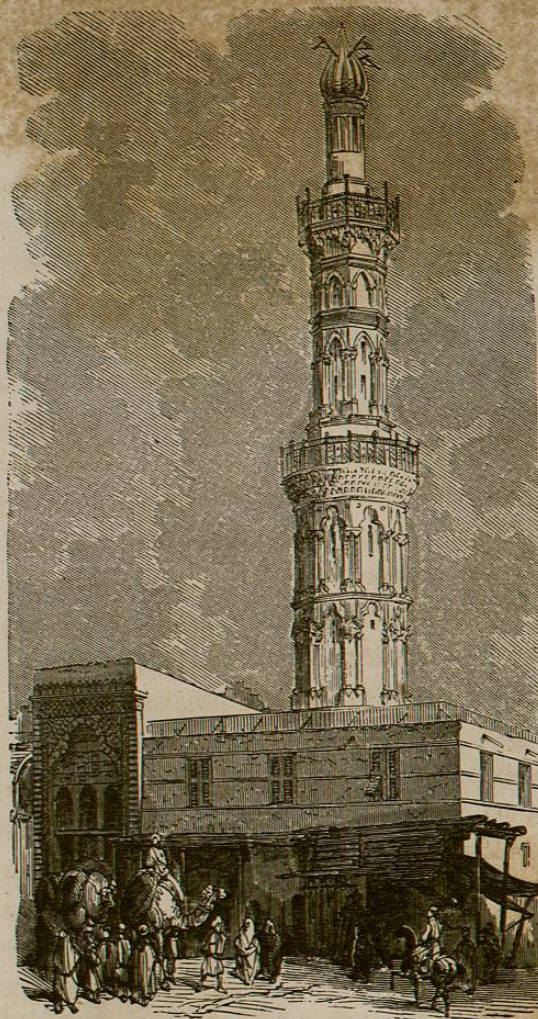
XXXII

Apénas ratificó Soliman II la tregua y despidió á los embajadores, nombró de nuevo á Ibrahim seraskier ó generalísimo del ejército de Persia y lo envió á Koniah, capital de la Caramania, para reunir allí las tropas y preparar la campaña. Iskender Tchelebi, buen administrador de la hacienda del imperio, acompañaba á Ibrahim á Koniah como vice-seraskier. Sus riquezas, su lujo iban á la par con el prestigio que tenia en el ejército. Poseia el genio militar. Mil doscientos caballos, contingente de sus dominios en Asia, lo seguian; seiscientos esclavos, magníficamente vestidos y con la cabeza cubierta de gorros encarnados bordados, servían sus tiendas. Ibrahim igualaba con dificultad la suntuosidad de Iskender y temia que el vice-seraskier lo eclipsara á los ojos de la tropa y que le robara el afecto del sultan. Guar-

dian del tesoro del ejército, en calidad de defferdar ó ministro de Hacienda, Iskender-Tchelebi, aunque íntegro, inspiraba sospechas con su magnificencia. Una baja intriga de Ibrahim las fomentó. Una noche, durante la marcha de los carros que llevaban el tesoro, el grito de ¡ladrones! dado por soldados, confidentes de Ibrahim, detuvo la marcha del ejército. Ibrahim acudió, é hizo arrestar á treinta guardias de los que escoltaban el tesoro. Interrogados é inspirados por los enemigos de Iskender, declararon en presencia de los instrumentos de tortura que eran cómplices de Iskender y que iban á saquear el tesoro en provecho de él.

No se pasó adelante temiendo herir la autoridad del sultan que habia nombrado al vice-seraskier. Acreditada la calumnia por los declarantes bastaba para perder lentamente al rival de Ibrahim. Iskender que presentia su perdicion en la enemistad sorda del gran visir, procuró perderlo á su vez, aconsejándole que fuese directamente al centro de la Persia, á Tauris, en donde podia caer en algun lazo tendido por Tahmash á su ambicion de gloria. Ibrahim siguió este consejo y marchó con ciento cincuenta mil hombres contra esta ciudad. Penetró en ella sin combate, y dirigió al sultan su parte triunfal de sus conquistas. Soliman avanzó tambien con su ejército de reserva,

y entró en Tauris como vencedor clemente el 22 de setiembre. Los dos ejércitos reunidos, alentados con la inmovilidad de Tahmasp y las defecciones de sus aliados, se dirigieron temerariamente por caminos impracticables sobre Hamadan, dejando en su tránsito caballos y camellos muertos de hambre. Ibrahim, atribuyendo estos desastres á Iskender, jefe de estado mayor del ejército, logró que fuera destituido por el sultan. Bagdad abrió por fin sus puertas á Soliman. Este era el fin y la gloria de la expedicion, en que queria rivalizar con Alejandro, conquistador de Babilonia. Bagdad debía ser en su pensamiento al oriente de su vasto imperio lo que era Belgrado al occidente. La santidad universal de esta ciudad de los Khalifas engrandecia á los otomanos, en fuerza, magnificencia y situacion. Las tradiciones la convertian en una ciudad casi fabulosa. Era la *casa de la salvacion* consagrada por el trono espiritual de los sucesores del Profeta, apóstoles armados de la *ley sin sombra*. Almanzor, el segundo khalifa Abbasida, la habia fundado cerca de las ruinas de Babilonia en las márgenes orientales del Tigris, no lejos del Eufrates. La fertilidad de su territorio encendido por el sol, pero bañado por dos rios, le habia hecho dar el nombre de *Eden* ó de *jardin* de donde se deriva Bagdad. El arroz, los dátiles, los limones, los higos, las na-



T. IV. p. 298.

TORRE EN BAGDAD.

ranjas, los melones, las granadas, la caña de azucar, las uvas, las manzanas, los albrichigos coloran sus campiñas con tintas de oro. Las caravanas de la India y de la Arabia, de la Persia, de la Siria, del Egipto se reúnen allí para cambiar las riquezas naturales por sus piedras preciosas, elefantes, caballos, telas de seda, lana y algodón del Industan. Ciento cincuenta torreones flanquean sus murallas que encierran doce leguas de palacios y de bazares; En sus muelles, foso natural por la parte del Tigris, se embarcan los viajeros, los peregrinos y los cargamentos del golfo pérsico. Su rio, á quien la rapidez de su corriente ha dado el nombre de *flecha*, la rodea y le envia la frescura saludable de sus aguas. Los sepulcros de los santos del islamismo son piedras miliarias en sus caminos; sus cúpulas resplandecientes brillan á lo léjos como los diamantes de una corona espiritual. El sepulcro monumental de Zobeida, esposa de Harun-al-Raschid, atestigua la grandeza del amor y del sentimiento. Academias árabes atreen y fijan allí á los sabios y á los poetas del Oriente. Las pirámides de huesos humanos, que no han desaparecido completamente, recuerdan la conquista de Timur. Soliman se entregó al ocio por espacio de cuatro meses en una capital que le traia á la memoria que era el señor del palacio de los señores del mundo. Allí vi-

sitó las ruinas de Babilonia; allá invocó, según los ritos supersticiosos del Oriente, á los genios sepultados bajo estos montones de ladrillos y argamasa. Allí, al decir de las tradiciones persas, pronuncian estos genios los oráculos de la fortuna y de la ambición á los conquistadores que los interrogan; allí oyen los sencillos pastores de camellos del desierto las palabras mágicas que tienen la virtud de trasportar al cielo á las mujeres, que los aman: « *Ellas habitan entonces* »
 « *por un momento la estrella de la mañana*; ellas to-
 « can una lira, cuyas cuerdas son rayos de la luna,
 « y á cuyos compases bailan los astros. »

El corazón de Soliman, poseído ya hasta la esclavitud por una de estas mujeres, sueño de los pastores ó de los padischahs, creía en estas evocaciones supersticiosas del amor. Esta mujer, que había dejado con pena en su haren de Constantinopla, y cuyos hechizos habían luchado dentro de su pecho contra la pasión de la gloria, era la joven esclava rusa Roxelana, que va á tener mucha parte en la historia de su vida.

XXXIII

Cartas victoriosas, fechadas en Bagdad y dirigidas por Soliman á todos los príncipes de la tierra les hicieron saber el triunfo del sultán. Ibrahim impuso á su señor un crimen involuntario durante su residencia en esta ciudad. Aparentando concusiones y traiciones, Iskender, entregado al gran visir por el sultán, fué colgado ignominiosamente en el mercado de Bagdad. Su hermano, mas intachable todavía que él, fué decapitado el mismo día; ocho mil esclavos, propiedad de Iskender-Tchelebi, y criados por él, los unos para las armas, los otros para la ciencia, el gobierno y los negocios de Estado, fueron confiscados y reunidos á los esclavos personales del serrallo del sultán; siete de estos jóvenes, instruidos por este defterdar para el servicio del imperio, llegaron á ser mas tarde grandes visires. Este asesinato inicuo y vengativo, alegría de Ibrahim, enseñó al sultán el medio de desembarazarse de un súbdito molesto á su señor. Un embajador francés, Laforet, fué, en nombre del rey de Francia, á felicitar á Soliman á Bagdad

por sus triunfos en Asia. La Francia parecia tener el instinto de la alianza otomana, su mejor garantía contra los temores de monarquía universal, sea de España, sea de Alemania, sea de la Rusia. Las dos naciones identificaban su política, á pesar de la diferencia de sus religiones. La Francia y la Turquía no han temido por su existencia mas que en el momento en que Napoleon olvidó la política vital francesa por complacer la codicia del imperio ruso. La guerra actual expía y rectifica esta falta diplomática del vencedor de Austerlitz.

El primer tratado, bajo el nombre de *capitulaciones*, aseguró á la Francia para sus nacionales, sus correligionarios, sus buques, su comercio, las libertades, la seguridad, la justicia, los privilegios, la propiedad, tan inviolables en Turquía como en la tierra natal. Las dos naciones renunciaron recíprocamente al derecho comun de este tiempo de convertir en esclavos á sus prisioneros de guerra. Este fué el último tratado firmado por el gran visir Ibrahim. Catorce años de poder y casi de co-soberanía habian agotado las fuentes de su favor y de su fortuna. Las murmuraciones de la envidia y las sospechas de su señor se alzaban sordamente contra él. Ya se ha visto por la muerte de Iskender en Bagdad y por la insolencia con que hizo alarde de su poder en

presencia de los embajadores de Carlos V, que no carecian de motivo. Su cabeza ardiente, pero debilitada por el exceso mismo de su prosperidad, sufria los vértigos de la ambicion y de la ingratitud. Una influencia mas sorda, pero mas querida y mas asidua, comenzaba á contrabalancear su influjo en el alma de Soliman. Su amor, hasta entónces concentrado en el harem, iba á penetrar en su política.